

John Hemming hablar de un libro *Árbol de Ríos: La Historia del Amazonas*

Feria Internacional del Libro/ International Book Fair) in Lima, Peru

Transcripción en Español

Quiero empezar agradeciendo a todos quienes hicieron posible este libro. La Fundación Gordon y Betty Moore –la cual hace muchísimo para apoyar trabajo valioso en la Amazonia –me honró al considerar que mi libro *Tree of Rivers* era tan importante que ellos pagarían por su traducción al español. Encontraron un excelente traductor limeño – Enrique Bossio, quien me bombardeó con cientos de sesudas preguntas y tradujo el texto con una prosa elegante– y la excelente editorial de la PUCP, con el Profesor Charles Walker como facilitador del proyecto. El resultado es este excelente libro.

¿Cómo llegué a escribir este libro? Hace muchas décadas, pasé un año viajando por todo este magnífico país, el Perú – incluyendo su selva amazónica. A continuación escribí un libro sobre la invasión de Pizarro, *La Conquista de los Incas*. Durante los años siguientes, participé en una serie de expediciones a otras partes de la Amazonia. Una de las primeras fue una exploración pura, adentrándome en bosques totalmente inexplorados en pleno centro de Brasil. Consultamos con los principales expertos en asuntos indígenas quienes nos aseguraron que no habían pueblos tribales en esos bosques. Pero estaban equivocados. Después de tres meses de penetrar y mapear la selva, algunos indios (como se les conocía en ese entonces) hallaron nuestro rastro, nos tendieron una celada y mataron con flechas y mazos al primer hombre que llegó a la emboscada que prepararon: mi mejor amigo de Oxford. Él fue el último inglés –posiblemente el primero también– muerto a manos de una tribu totalmente desconocida. En la profundidad del bosque en que nos encontrábamos, embalsamamos su cuerpo y lo cargamos para abordar un avión de la Fuerza Aérea Brasileña y llevarlo a enterrar en Río de Janeiro.

Este incidente despertó mi ardiente interés en los pueblos indígenas, de modo que decidí escribir una historia de *su* conquista, desde el lado oriental del continente, como imagen reflejo de la conquista de los incas. Pasé varios años visitando pueblos tribales por todo Brasil e investigando en bibliotecas y archivos. Ello involucró realizar visitas a 45 diferentes pueblos indígenas. Pero la conquista de la región amazónica de Sudamérica aún viene ocurriendo – y quizá una veintena de pueblos tribales se encuentren todavía aislados y no contactados. Por lo tanto, el libro que se suponía iba a

acompañar el trabajo de *The Conquest of the Incas* se convirtió en tres gruesos tomos – ¡totalizando 2,200 páginas!

Me convertí en Director de la Real Sociedad Geográfica de Londres, lo cual llevó a más expediciones. Pero éstas eran de carácter científico, incluyendo el gran Proyecto Maracá en el extremo norte de Brasil que tuve personalmente a mi cargo. Este proyecto involucró, durante un período de dos años, a 150 naturalistas a nivel de doctorado y 50 expertos *técnicos*.

Entonces tuve la idea de intentar condensar toda la historia y geografía del Amazonas en un solo volumen cuyo contenido fuese legible pero razonablemente académico. Aquí está el resultado: *Árbol de Ríos*. Lo llamé así porque, desde gran altura, el Amazonas luce como un árbol gigante, siendo el tronco del árbol el curso principal del río, mientras sus miles de tributarios forman las ramas mayores y menores. Este nombre refleja además las dos grandes glorias de la Amazonia: sus árboles y sus ríos.

Quiero empezar recordándoles las inmensas proporciones del Río Amazonas, porque ello ayuda a mostrar por qué es tan importante en términos globales.

Cuando un joven botánico inglés, Richard Spruce, vio por primera vez el Amazonas en 1850, escribió entusiasmado a un amigo: **"El río más grande del mundo corre a través de la selva más grande"**. Spruce estaba en lo cierto. El Río Amazonas es de lejos el río más grande.

De toda el agua dulce que ingresa a los océanos proveniente de todos los ríos de la Tierra, casi *una quinta parte* (17 por ciento) fluye a través del Amazonas – eso es más que el caudal de los siguientes ocho ríos más grandes del mundo combinados.

Es también un coloso en cuanto al tamaño de su cuenca – más de 7 millones de kilómetros cuadrados, lo que equivale al 40 por ciento de Sudamérica. Tiene de lejos el mayor número de tributarios, algunos de los cuales se encuentran también entre los ríos más grandes del mundo. El único superlativo aún en debate es el de la longitud: algunos sostienen que el Nilo es más largo; pero la Sociedad Geográfica Nacional acepta que un diminuto tributario del Río Apurímac que se origina cerca de Arequipa convierte al Amazonas también en el río más largo del mundo.

Otro joven inglés que se encontraba con Spruce, Henry Walter Bates, quedó deslumbrado ante la primera vista de ese estupendo entorno. En un desborde de entusiasmo, Bates escribió a su hermano: "El encanto y la gloria del país residen en los animales y plantas que produce. ¡Cuán inagotable es su estudio!... Es una densa jungla:

los altísimos árboles del bosque, con amplia variedad de especies, todos atados y conectados por enredaderas, sus troncos cubiertos con un museo de helechos, tilansias, yaros, orquídeas, etc. El sotobosque consiste mayormente en árboles más jóvenes – gran variedad de palmeras pequeñas, mimosas, helechos arbóreos, etc., y el suelo está lleno de ramas caídas – enormes troncos cubiertos con parásitos, etc.”(...) "[Es] una región que bien puede ser llamada el Paraíso de un Naturalista". Por supuesto que es, de lejos, el ecosistema terrestre más rico del mundo, albergando millones de especies con las cuales compartimos nuestro planeta. (Incidentalmente, durante 11 años de recolección en la Amazonia, el joven Bates envió a Europa especímenes de no menos de 14,712 especies diferentes – mayormente de insectos, dado que él era un entomólogo, pero también de aves, mamíferos, peces y reptiles. De éstas, ¡no menos de 8,000 especies eran desconocidas para la ciencia! Incluso Charles Darwin quedó tremendamente impresionado).

Para muchos foráneos, la Amazonia es una jungla abrumadora, recia, impenetrable, llena de peligros, y útil sólo cuando se le domina y destruye. Para otros es un tesoro, un lugar de belleza incomparable y eterna fascinación. No es de sorprender que esta naturaleza imponente haya atraído a personajes legendarios. Mi libro está lleno de sus historias – despiadados conquistadores, valientes exploradores, hábiles bosquimanos, pueblos indígenas viviendo de manera sostenible y en armonía con los bosques y los ríos, aventureros, locos o torpes incompetentes, crueles opresores, ricos barones del caucho, arqueólogos abriendo trocha al estilo de Indiana Jones para descubrir ruinas ocultas, fugitivos y revolucionarios escondiéndose en las selva, y las numerosas víctimas del trabajo forzado en éste, el más duro de los terrenos. Esta noche no hay tiempo para contarles sus historias. ¡Pero si leen el libro les aseguro que no se aburrirán!

La historia del Amazonas encaja en cuatro períodos principales. El primero lo constituyen los primeros 10,000 años antes de la llegada de los agresivos europeos y sus letales enfermedades. Pueblos indígenas florecieron en una rica complejidad de culturas, arte y espiritualidad, viviendo en armonía con el entorno natural de bosques y ríos, y aprendiendo a cultivar los alimentos básicos de la región: yuca y, en cierta medida, maíz.

Existe un debate respecto a cuán grandes eran esas comunidades pre-colombinas, donde Anna Roosevelt se ubica en el rango superior de cacicazgos muy populosos, y Betty Meggers en el rango inferior de aldeas que tenían que permanecer pequeñas. He concordado con estas dos excepcionales académicas estadounidenses – ¡lo cual ha sido un error, porque no he complacido a ninguna de ellas! Lo hice porque los cacicazgos se ubicaban en los principales ríos, donde podían alimentar a grandes poblaciones con los recursos acuáticos de peces y tortugas. Pero en los bosques interfluviales, las aldeas

tenían que restringir su población para vivir sosteniblemente de la caza y de una limitada agricultura en los bosques desbrozados.

El segundo período es la era colonial y el siglo XIX. La Amazonia era considerada como un entorno hostil que casi no producía atractivos comerciales. Enfermedades traídas de fuera como sarampión, viruela, tuberculosis y gripe diezmaron poblaciones nativas extremadamente saludables. Ello fue exacerbado por pocos miles de colonizadores portugueses que enviaban expediciones esclavizadoras río arriba para llevar a cabo un cruel despojo. En un memorable sermón, el gran sacerdote jesuita Antonio Vieira fulminó a los esclavistas (quienes sostenían remontar los ríos en busca de oro para el Rey) por su iniquidad. "¡El único oro en esta capitanía es el oro rojo extraído de las venas de los indios!" De ese sermón tomé el título "Oro Rojo" para el primer volumen de mi trilogía de libros sobre la historia de los pueblos indígenas de Brasil. Un evento importante ocurrido durante los siglos del período colonial fue la firma del Tratado de Madrid de 1750, el cual otorgaba a los portugueses la mayor parte de los bosques de la Cuenca Amazónica, de modo que Brasil ocupa la mitad de Sudamérica. Aplicando el principio de *uti possidetis*, este Tratado beneficiaba a los esclavizadores portugueses quienes con mucha facilidad podían adentrarse en la selva a través de miles de kilómetros llanos surcados por ríos, mientras los españoles ubicados en el rico Imperio de los Incas no tenían incentivo para cruzar los Andes. Lo mejor que puede decirse sobre los siglos del período colonial es que no hubo daño al medio ambiente, aparte de la destrucción de las tortugas de agua dulce y de sus huevos.

La tercera era fue el auge del caucho, que sobrevino a fines del siglo XIX e inicios del siglo XX. Esta descomunal bonanza volvió absurdamente opulentos a los barones del caucho y a sus ciudades - pero impuso una dura existencia para quienes trabajaban extrayendo el caucho. Dado que la especie *Hevea brasiliensis* de la cual se extraía la mayor cantidad de caucho era explotada de manera sostenible, el auge del caucho causó escaso daño ambiental y la mayoría de los pueblos indígenas escaparon del fenómeno adentrándose en la selva, lejos de los ríos donde crecía esta especie. Pero la excepción era el árbol de la variedad *Castilloa* que crece aquí en el Perú, dado que no podía drenarse sino que debía ser derribado, y producía látex de caucho de baja calidad. El barón del caucho Julio César Arana creó un siniestro imperio sobre el Río Putumayo entre el Perú y Colombia, y recurrió a innumerables crueldades para forzar a pueblos tribales a recolectar caucho para él. Deploro tener que decir que Arana era peruano; pero también lo era el valiente periodista Benjamín Saldaña que expuso sus atrocidades.

La cuarta fase, durante el último medio siglo, es de lejos la peor. Dos inventos (las motosierras y las excavadoras) repentinamente facilitaron las tareas de derribar árboles y allanar la tierra para construir carreteras y asentamientos. En 1970, el gobierno militar

brasileño empezó la excavación para la Carretera Transamazónica y otras de las llamadas "vías de penetración" en la magnífica selva tropical. Ello coincidió con la aparición de una serie de motivos rentables para la destrucción de bosques: la obtención de tierras para asentamientos; madera proveniente de los propios árboles; carne, empleando ganado jorobado importado y pasto más resistente de la India; y soya proveniente de Japón, el único cultivo comercial cuyas cualidades para la fijación del nitrógeno implican que puede crecer en los áridos suelos de los bosques tropicales talados, y cuyo tallo resulta ser un excelente alimento para ganado y aves de corral. Durante la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro en 1992, nos mostramos cautelosamente optimistas porque los taladores, ganaderos y agricultores de soya parecían estar fracasando. Pero estábamos equivocados. La pavimentación de las nuevas carreteras para que puedan ser usadas en cualquier estación implica que los camales y aserraderos están al alcance de la producción, y que los camiones que transportan ésta pueden operar en cualquier clima. A causa del Presidente Bolsonaro y de otros regímenes inmorales, la situación ha empeorado de manera catastrófica durante los 14 años transcurridos desde que escribí *Tree of Rivers*. Antes de emprender esta traducción, tuve que reescribir toda la sección del libro que incluía la época reciente.

Hay dos cosas buenas en la actualidad. Una de ellas es que cientos de admirables científicos han aprendido muchísimo más sobre el ecosistema del bosque y sus miles de especies. La otra es que cada nación amazónica ha creado enormes franjas de áreas protegidas. Brasil dio el ejemplo, con su Constitución de 1988 que protege los territorios de unos 200 pueblos indígenas. Estas sociedades comunales son, desde luego, custodios perfectos de los bosques que forman un elemento central de sus culturas. El área conservada por territorios indígenas y otros parques protegidos es tan grande como toda la Unión Europea.

Pero todos los árboles y ríos amazónicos, protegidos y de propiedad privada, están siendo severamente afectados tanto por el actual gobierno de Brasil como por otros. Todavía no han sido destruidos. Pero el futuro de la vida en este planeta se vería amenazado si los árboles y ríos desaparecieran – en lo que considero constituye un enorme crimen contra la humanidad, incluso más catastrófico que el genocidio o la guerra.